

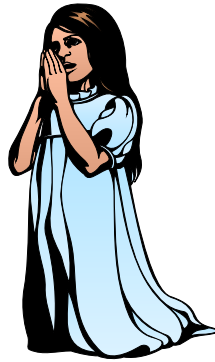
## DIOS CONVIRTIÓ LA PIEDRA EN PAN

Hubo una vez una pobre viuda. Su marido había sido herrero y al fallecer dejó a su esposa sola, cuidando su única hija que era una niña discapacitada. La madre era mujer enfermiza y no contaba con fuerzas para desempeñar trabajos pesados. Y debido a que la niña no podía quedarse solita, la madre tuvo que buscar sustento con trabajos livianos en casa, tales como costuras sencillas y lavado de ropa ajena. Las entradas eran pocas, y poco a poco, para aumentarlas la viuda había vendido toda la herramienta y los materiales de trabajo de su difunto esposo.

Llegó el día cuando no había cosa que vender más que una vieja piedra grande en que el herrero había afilado su herramienta. Esta amoladera había quedado arrinconada en el sitio del taller y ahora estaba casi tapado con la maleza. Muchos habían sido los intentos de venderla, pero nadie la había querido.

Llegó el día cuando centavos en la cocina. Una pregunta angustiaba el corazón de la viuda: “¿Con qué vamos a desayunar mañana?” Pero la señora nunca le había fallado.

Después de la escasa cena, según su costumbre leyó un capítulo y era San Lucas 4. Entre las palabras de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. Jesús con plena razón había rechazado la sugerencia satánica y había mantenido su confianza en la providencia de su Padre celestial, pero la niña no comprendió eso y preguntó a la madre: “¿Y no pudo Dios haber cambiado esas piedras en pan?”



junto con su hija, tomó la Biblia y oró. La porción leída aquella noche fue la de Satanás a Jesús: “Si tú eres Hijo de Dios, conviértete en pan”. Jesús con plena razón había rechazado la sugerencia satánica y había mantenido su confianza en la providencia de su Padre celestial, pero la niña no comprendió eso y preguntó a la madre: “¿Y no pudo Dios haber cambiado esas piedras en pan?”

“¡Cómo no!”, aseguró la madre. “Él pudo y te digo otra cosa. Él puede hacer lo mismo con nosotras, si es para su gloria y el bien nuestro”.

Finalizando el tiempo de devoción en el hogar, la madre y la hija se acostaron. En la madrugada del día siguiente alguien tocó la puerta. Y al abrirla la madre recibió un cordial saludo de un campesino: “Buenos días, Señora. ¿No quiere vender aquella amoladera que está arrinconada en el sitio del taller?”.

“¡Cómo no!” contestó la viuda.

“Es precisamente lo que yo necesito y ando buscando”, explicó la visita. “Le doy cinco dólares por ella”.

“Llévesela y muchas gracias”, contestó la feliz viuda. Llorando de gratitud y alegría, exclamó: “¡Hijita! Él lo hizo; Él lo hizo. Él convirtió la piedra en pan. Todavía nuestro Dios es Jehová-jireh – Jehová que ve y provee”.